

Centenario de la publicación de Don Segundo Sombra

En el año 2001 concurrí a la Universidad de París X, Nanterre, para presentar los originales de un trabajo crítico-filológico sobre la poesía de Almafuerte, ante el Comité Científico Internacional de la Colección Archivos. Antes de dar comienzo al proceso de evaluación, los investigadores Amós Segala y Paul Verdevoye me preguntaron qué estaba sucediendo en mi país con la inclusión de Don Segundo Sombra, de Ricardo Güiraldes, en los Programas de algunas cátedras de Literatura Argentina.

Recordemos que Paul Verdevoye había coordinado el equipo encargado de publicar, en esa colección, la primera y la segunda edición de Don Segundo Sombra, en los años 1988 y 1996 respectivamente, y había delegado la escritura de las Palabras Liminares y el texto de la contratapa del citado volumen, en el escritor Ernesto Sábato. Una lectura de ambos materiales paratextuales nos permite inferir que mis evaluadores estaban en pleno conocimiento de los reparos que se le hacían entonces a Don Segundo, y que las opiniones de Sábato reproducían, como espejos, sus propios puntos de vista. Cito:

“Un crítico argentino, que pretende utilizar a Marx como maestro, sostiene que el Don Segundo Sombra de Güiraldes no existe, que es apenas la visión que un estanciero tiene del antiguo gaucho de la provincia de Buenos Aires; lo que es más o menos como acusar a Homero de falsificador, porque exhaustivos registros llevados a cabo en las montañas calabresas y sicilianas no han dado con un solo cíclope.”¹

La formulación de aquella pregunta, que dadas las circunstancias recibió una respuesta bastante escueta de mi parte, necesitó la decantación reflexiva de casi veinte años para plasmarse en la escritura del capítulo *Nuevas lecturas de Don Segundo Sombra*”, incluido en el ensayo de mi autoría El campo y sus representaciones literarias. Estrategias político-ideológicas en la apropiación y selección de sus significantes.²

Pienso que Don Segundo, al igual que otros textos del “corpus” de nuestra literatura, sufrieron una rezagada aplicación metodológica del “determinismo por la base” y sus limitaciones conceptuales, con aplicación mecánica de la mediación económica y de clase sobre otras mediaciones y líneas de fuerza de igual importancia para la identidad y la formación literaria de un escritor (cultura, ideología, orientación estética, política

¹ Güiraldes, Don Segundo Sombra, Edición Crítica Paul Verdevoye. París-Madrid-México-Buenos Aires-Sao Paulo-Río de Janeiro-Lima: ALLCA XX: Colección Archivos (segunda edición), N°2, 1996.

² Minellono, María, El campo y sus representaciones literarias. Estrategias político-ideológicas en la apropiación y selección de sus significantes. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2018.

,jurídica , religiosa, etc.) las que inciden, de manera singular y selectiva, en el proceso de construcción individual de cada poética. Este haz heterogéneo de influencias o variantes fue reunido por Frederic Jameson bajo la designación de “causalidad expresiva”, una categoría interpretativa que buscó corregir y desplazar la arbitraria “causalidad mecánica” del pasado.³

Lo cierto es que este límite impuesto a la interpretación, no sólo distorsionó la lectura de Don Segundo Sombra, sino también y de modo más general, muchas representaciones del campo, construidas como imágenes homogéneas, sin los matices de la estratificación social de las ciudades, que sin embargo ya estaban presentes en las páginas de Un viaje al país de los matreros (1897), de José Sixto Álvarez, Fray Mocho, Juan Moreira (1879)y Santos Vega (1889) de Eduardo Gutiérrez, o Los Gauchos Judíos (1910) de Alberto Gerchunoff , para citar sólo algunos ejemplos.

Y por si esto fuera poco, ha querido asociar la novela de Güiraldes con la defensa de un proyecto político basado en los modos de producción ganadera del pasado, resignificando el tiempo interior de Don Segundo Sombra como una alegoría de una edad imprecisa, una suerte de Edad de Oro o *beatus ille* horaciano, con elogio de la vida sencilla del mundo rural. Pienso que estas consideraciones no resultan totalmente válidas ni adecuadas.

En primer lugar, me parece necesario reivindicar el carácter ficcional de la novela y reconocer, al mismo tiempo, las marcas históricas del texto, que nos permiten situar su desarrollo argumental en una época concreta y no muy distante de la infancia y la adolescencia de Güiraldes.

Sirvan como ejemplo algunas descripciones que podrían leerse sólo como delectaciones paisajistas, tal “*la tierra baya y flaca, como azonzada por la fiebre*” o bien, “*el pajonal descolorido y duro que los caballos husmeaban despreciativamente*”,⁴ pero que son también, informaciones topográficas de los partidos más desfavorables para la explotación ganadera, la zona de los “criadores” de hacienda, en el este de la provincia de Buenos Aires. En oposición a este sector son descriptos los campos de los “invernadores”, beneficiados por la calidad de sus tierras y de sus pastos, en el noroeste de la provincia, valga como un ejemplo “La Porteña”, estancia familiar de los Güiraldes, en San Antonio de Areco.

³ Jameson, Frederic, Documentos de cultura, Documentos de barbarie. Madrid: Visor, 1989.

⁴ Güiraldes, Ricardo, Don Segundo Sombra, op. cit, p.108.

La competencia entre “criadores” e “invernadores” (más ligados a la exportación y al capital inglés) tuvo a principios del siglo XX un fuerte impacto sobre la política nacional, y se incentivó aún más tras la incursión norteamericana en el tema de las carnes y la instalación de los frigoríficos Swift (1907) y Armour (1919).

No obstante los prioritarios intereses artísticos y culturales del escritor, me parece que sería erróneo pensar que él ignoraba o estaba al margen de los debates parlamentarios de su época, expresados en una serie de Leyes que se promulgaron durante los años 1922 y 1923.⁵

Aquel contexto sociopolítico no ameritaba que Güiraldes escribiera una novela para reivindicar las formas productivas del pasado, como se ha dicho, anacrónicas respecto de las preocupaciones vigentes de los estancieros y sus necesidades de adecuación a la agroindustria local y el mercado internacional.⁶

Sí, lo habilitaba su nostalgia, los sentimientos de añoranza y pérdida por un mundo en extinción del que Güiraldes se había convertido en un testigo privilegiado.

En vida de Ricardo Güiraldes se publicaron tres ediciones de Don Segundo Sombra. La primera, el 10 de julio de 1926, y la segunda, el 30 de octubre del mismo año; ambas impresas en los Establecimientos Gráficos de Francisco A. Colombo, en San Antonio de Areco, con sello de Editorial Proa. La tercera, con fecha del 15 de mayo de 1927 se realizó en el Establecimiento Gráfico de Oliveri y Dominguez en la ciudad de La Plata y sello de El Ateneo. Se conservan dos ejemplares de la edición príncipe, con correcciones de puño y letra realizadas por el autor, en la Academia Argentina de Letras.⁷ El 8 de octubre de 1927, apenas cuatro meses después de la última edición de Don Segundo, Ricardo Güiraldes falleció en París. El suyo fue un éxito tardío, breve, pero que ha logrado trascender y consolidarse en el tiempo.

La editorial Proa mencionada era una extensión de la revista o periódico literario del mismo nombre; no me refiero a la primera Proa (1922) sino a la segunda Proa (1924-1926), cuyos directores fueron Jorge Luis Borges, Brandán Caraffa, Pablo Rojas Paz y

⁵ Romano, Eduardo, “Lectura intratextual”, en Güiraldes, Ricardo, Don Segundo Sombra, op. cit, p.327.

⁶ Estos conflictos se continuaron en el tiempo, con posterioridad a la publicación de Don Segundo y a la inmediata muerte de su autor. El 1 de mayo de 1933, el vicepresidente Julio Argentino Roca (hijo) firmó en Londres el Pacto Roca-Runciman que amplió la cuota de exportación de carne vacuna al Reino Unido y sus colonias, poniendo como condición que el 85% del total de las exportaciones debía realizarse por medio de frigoríficos británicos. Adicionalmente, se suscribieron cláusulas secretas que garantizaban el monopolio de los medios de transporte en manos de empresas inglesas y creaban el Banco Central de la República Argentina, con preeminencia de capitales ingleses. Es conocido el trágico final de Lisandro de la Torre, vinculado con la soledad de sus denuncias y propósitos de defensa de intereses nacionales.

⁷ Para el estudio filológico del texto consultar Lois, Elida, “Estudio filológico preliminar” en Güiraldes, Ricardo, Don Segundo Sombra, op. cit, pp. XXIII-LXIII.

Ricardo Güiraldes. Proa significó para Güiraldes la inserción en la vida cultural de Buenos Aires, y el primer vínculo o nexo con los jóvenes escritores vanguardistas, que exhumaron los poemas de El cencerro de cristal, después de una recepción bastante anodina, motivo de frustración para el escritor que arrojó sus ejemplares en un aljibe de *La Porteña*.

Pienso que los jóvenes de Proa y después, los integrantes de Martín Fierro, reconocieron en Güiraldes la expresión de una nueva sensibilidad, superadora del imaginario modernista, enriquecida por el contacto con las literaturas y los escritores europeos, especialmente con la vanguardia francesa, y una religiosidad cristiana, porosa, sin embargo, a la espiritualidad oriental.

Me parece importante destacar que Güiraldes se inició como escritor en el ámbito de la poesía, y que las páginas de Don Segundo nunca se apartaron demasiado de ella sino que la cultivaron mediante el uso de sus recursos y figuras retóricas, produciendo un resultado paradójico. Mientras la mayoría de las novelas ambientadas entonces en el mundo rural, elegían el realismo textual y las categorías territorio, lengua y nación para configurar lo que en literatura y pintura se designó como el criollismo, Güiraldes, desde un escenario similar, delegó en un narrador en primera persona y en uso de un tono coloquial, próximo a la confidencia, las alternativas y vicisitudes de una vida que iba trasformando. Algunos críticos han cuestionado la rápida transición o vuelco del protagonista, “un guacho” iletrado –hijo del patrón y una puestera- para asumir su nueva condición y oficiar de relator o narrador de su propia historia. Como si el aprendizaje cultural, al contacto con los libros y las lecturas que su amigo Raucha le proponía, no alcanzaran para hacerlo un portavoz verosímil del relato.⁸

Personalmente pienso que fue un acierto de Güiraldes delegar en el lenguaje, la amenidad y la cercanía emocional del muchacho la narración de las alternativas de su vida, reservando sólo para los diálogos y los cuentos enmarcados, las modalidades fonéticas del habla rural, conforme la tradición de nuestra gauchesca.

Podríamos afirmar también que Don Segundo es una novela de aprendizaje y de algún modo lo es, pero Güiraldes trasciende otra vez cualquier encuadre o clasificación formal y modifica las cláusulas de las novelas de esa especie, en tanto el vacío o la carencia de lo que se persigue, está vinculado con la figura del padre. Esta circunstancia nos abre el texto hacia otros planos de significación.

⁸ Romano, Eduardo, “Lectura intratextual”, en Güiraldes, Ricardo, Don Segundo Sombra, op. cit, p.322.

Fabio Cáceres es el nombre develado del padre, de quien el reserito hereda los bienes materiales y el apellido, pero también existe otro padre, inmaterial e inmanente, en un plano de sacralidad preanunciado en la dedicatoria de la novela.

No es pura casualidad que durante los arreos, cuando ocasionalmente visite alguna Iglesia, la compare por su magnificencia con la casa más importante que él ha conocido, la del patrón que le ha obsequiado el petiso para montar y el ponchito para cubrirse. Podría pensarse en una homologación subliminal entre las dos casas del padre. Pero también el reserito se ha buscado un “padrino” en Don Segundo, una suerte de paráclito de carne y hueso que lo ha guiado y fortalecido para superar las pruebas y legitimarse como resero.

Si bien Güiraldes partió de un gaucho de Areco para componer su personaje, le ha asignado una serie de valores -austeridad, destreza, valentía, ansias de libertad y cierto halo de sombra sobre el pasado— que lo convierten en nuevo tipo literario de la galería que iniciara Sarmiento en Facundo (el rastreador, el gaucho cantor, el baqueano o el gaucho malo). Durante la emotiva escena de la despedida, cuando el reserito, que ya ha asumido su nueva condición de estanciero no puede retener por más tiempo a su padrino, Don Segundo se va acercando a la inmaterialidad de una idea, un “fantasma” (tal como fue percibido por el muchacho en el capítulo segundo del texto), un mito que Güiraldes no pretende de ninguna manera ocultar a los lectores: “*Aquello que se alejaba era más una idea que un hombre*”, confiesa a través de las palabras del narrador.”⁹

En la Historia Social del gaucho,¹⁰ Rodríguez Molas explica cómo el valor despectivo del término gaucho, usado para designar a un hijo de español e india, de pobre condición y criado por su madre, se fue cargando de connotaciones positivas cuando se transformó en un actor fundamental en las luchas por la independencia, y entonces fue rebautizado como el “gaucho patriota”, cantado por Bartolomé Hidalgo. La categoría paisano-gaucho y finalmente la de paisano, a secas, recién fue empleada por Lucio V. Mansilla en Una excursión a los indios ranqueles para designar al gaucho asimilado al trabajo y a la Ley. Güiraldes utiliza alternativamente las palabras gaucho y paisano y les confiere el valor de sinónimos.

Pero cuál fue la actitud que asumieron los lectores, los críticos y los escritores, especialmente los enrolados en las filas de la vanguardia artística, cuando se dio a conocer en Buenos Aires la noticia de la muerte de Güiraldes, cubierta, enfáticamente, por las páginas del volumen N° 44-45 de Martín Fierro, donde fueron transcritas algunas cartas

⁹ Güiraldes, Ricardo, Don Segundo Sombra, edición crítica de Paul Verdevoye, op. cit., p.226.

¹⁰ Rodríguez Molas, Ricardo, Historia Social del gaucho, Buenos Aires: CEAL, 1982.

de condolencia dirigidas a Adelina del Carril y a don Manuel Güiraldes. Junto a las expresiones de tristeza por la pérdida del escritor fallecido, fue anunciada la publicación del siguiente número de Martín Fierro, el N°46-47, dedicado enteramente a homenajearlo.

Pero algunas razones internas motivaron la dispersión del grupo, conflictos entre sectores de alvearistas e irigoyenistas a los que se sumó la falta de dinero para financiar la publicación.

Es así que los artículos, las notas y los poemas que se escribieron nunca llegaron a la imprenta y permanecieron en el archivo de la Academia Argentina de Letras hasta el año 2020, cuando bajo el título El inédito N°46-47 de Martín Fierro de Homenaje a Güiraldes, fueron rescatados por el Dr. Pedro Luis Barcia, acompañados por un trabajo introductorio y algunos apéndices.¹¹

Me parece que en las actuales circunstancias, cuando recordamos los cien años de la publicación de Don Segundo Sombra, los juicios críticos y las opiniones de quienes se transformarían después en nuestros escritores canónicos, pueden resultar enriquecedoras e iluminar zonas poco conocidas de su figura de escritor.

Pero antes, me parece necesario rescatar algunas informaciones. En el año 1928 Adelina del Carril publicó los poemas inéditos que Güiraldes escribió entre los años 1921 y 1924, y los agrupó bajo los títulos de Poemas solitarios, Poemas místicos, Libro bravo y El Sendero; estos materiales fueron incorporados después en las Obras Completas de Güiraldes, con Prefacio de Francisco Luis Bernardez.¹² Una lectura de los mismos nos revela, junto a su ininterrumpida relación con la poesía, una religiosidad profunda de la que ya teníamos testimonio en la escena final de Raucho, cuando el alter ego de Güiraldes se tiende sobre el campo e *“inefablemente quieto, se duerme de espaldas, los brazos abiertos, crucificado de calma sobre su tierra de siempre”*, tras el regreso de la devastadora experiencia europea.¹³

En algunos poemas, que no forman parte de la tradición mística, conforme las regulaciones propias de San Juan de la Cruz o Santa Teresa de Avila, advertimos una elevación o ascesis hacia la perfección y la purificación espiritual como respuesta al dolor que le causa la enfermedad. Cito algunos versos:

“Señor, Yo tiendo arriba los brazos.

El hombre sufre su vergüenza en mi carne...

¹¹ Barcia, Pedro Luis, El inédito N°46-47 de Martín Fierro de Homenaje a Güiraldes. Buenos Aires: Docencia, 2020.

¹² Güiraldes, Ricardo, Obras Completas, Prefacio Francisco Luis Bernardez. Buenos Aires: Emecé, 1962.

¹³ Güiraldes, Ricardo, Raucho. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968.

Resistencia a los dolores que tu mano me impone.

Serenidad invencible ante lo que me ultraja.”¹⁴

Cuando hice referencia al carácter revelador de las opiniones de los *martinfierristas*, quise manifestar mi asombro por la percepción que ellos tuvieron de Güiraldes; además del hermano mayor o el máximo referente literario, ellos vieron en él a un hombre bueno, un hombre “santo” en palabras de Enrique Gonzalez Tuñón y el título de su *Apología del Hombre Santo* (1930)¹⁵.

Y también en las palabras que Jorge Luis Borges preparó para el frustrado número de homenaje:

*“Ricardo Güiraldes hombre de **santa** inteligencia y de **santa** bondad, lo supo bien al mundo y lo dijo en derechas páginas para siempre y uso bien de él, y fue un **interesado en almas ajenas** y ejerció amistad, pasión y poesía. Fue oscurecido: fue deliberadamente ignorado y desfigurado por esos mismos que le hipocritizan llantos ahora, acaso para agradecerle su muerte. Se sobrepuso a todos al fin; pasó, casi de golpe de las lámparas caseras de la amistad a la iluminación civil de la fama. Entonces, el cuerpo le hizo una felonía: le agravó un cáncer que le destinó y lo mató...”¹⁶*

Para quienes compartimos su imagen pública más difundida, un buen mozo diestro en la danza y los refinamientos placenteros del mundo, esta reiteración de la bondad y de la santidad como rasgos prioritarios, transforman la aceptada y retransmitida tradición biográfica.

Estas características también fueron exaltadas por Leopoldo Marechal, en su “*Epitafio a Ricardo Güiraldes*”¹⁷, por Norah Lange, en el artículo “*Para Ricardo Güiraldes en su muerte*”¹⁸ y por Roberto Arlt, a quien transcribo parcialmente:

“-Te queríamos mucho. Todos te queríamos mucho. A veces nos imaginábamos que estabas solo e indefenso, para tener la dichosa ilusión de salvarte la vida y ser héroes ante tus ojos. De verdad que te queríamos mucho. Suerte que vos lo sabías...Llevabas a Don Segundo en tu gran corazón. Nosotros, muchachos cínicos y desgastados de esta ciudad sombría te llevamos a vos: el señor don Ricardo Güiraldes.”¹⁹

¹⁴ Güiraldes, Ricardo, *Obras Completas*, op. cit.p.17

¹⁵ González Tuñón, Enrique, *Apología del Hombre Santo*, Buenos Aires: Francisco Colombo, 1961.

¹⁶ Barcia, Pedro Luis, *El inédito N°46-47 de Martín Fierro de Homenaje a Güiraldes.*, op. cit, p.152

¹⁷ Barcia, Pedro Luis, *El inédito N°46-47 de Martín Fierro de Homenaje a Güiraldes.*, op. cit, p.82

¹⁸ Barcia, Pedro Luis, *El inédito N°46-47 de Martín Fierro de Homenaje a Güiraldes.*, op. cit, p.72

Los documentos recuperados y editados por Barcia, agregan más nombres y expresiones de los *martinfierristas*, orientados en el mismo sentido.

Quiero finalizar esta conmemoración de los cien años de la publicación de Don Segundo Sombra destacando, una vez más, sus méritos literarios y su capacidad para conmover a los lectores, que no ha disminuido, en mi caso, desde las lecturas adolescentes del texto, las que me acompañaron después en el dictado de la Cátedra, y las que van surgiendo con cada nueva aproximación a la novela, cuando las ancas de los caballos del reserito y su padrino se colocan en direcciones opuestas, y entonces Don Segundo comienza a alejarse, levanta su brazo con el rebenque, a modo de saludo, desaparece en la hondonada y vuelve a salir para convertirse, progresivamente, en un punto que se confunde con la inescrutables dimensiones de la pampa.

María Minellono